

Ya no os acordaréis, reverenda hermana, pues erais una tierna infanta cuando os deposité de caridad en este sagrado cenobio. Por ende, permitidme que os diga en corto y por derecho algunas referencias de nuestra familia y la manera que aquí llegasteis, pues a buen seguro lo ignoréis.

Sabed que somos naturales de la muy noble e insigne villa de Torrelobatón, en los vallisoletanos páramos que sestean a las lindes de los montes Toroazo, y ha muchos años que somos súbditos y tributarios de los Enríquez, cuya fortaleza nos defiende a la par que subyuga. Y allí, en una modesta hacienda de tres yugadas, vivíamos con nuestro señor padre don Sebastián del Bosque, que a nuestra madre, Isabel de Salamanca, no la conocisteis porque quiso el Señor llevársela de unas malas tercianas que le sobrevinieron al poco de alumbraros, que ni la primera tetada pudo daros la muy desdichada. Que el Señor la tenga en Su Gloria.

Aún a mis casi cuarenta años, cuando mis cabellos comienzan a vestir de blanco, mi sueño es apenas un duermevela y el pulso comienza a traicionarme, me es imposible sobreponerme a la congoja que me embarga al recordar a nuestro señor padre; pues un bravo de tanto hígado y arresto, con cicatrices de mil campañas, no debió tener tan cruel muerte y la negra Parca harto bellaca fue al llevárselo tan aprisa y sin confesión.

Había sido don Sebastián hombre resuelto de ánimo, de pecho duro y un punto de fácil estocada, acostumbrado a pisar los barros de muchas naciones, a despachar enemigos como quien reza un paternóster y a ver morir con resignada indiferencia a compadres con los que la noche anterior había estado trasegando unos pocillos de vino. Pues una veintena de años como arcabucero en el Tercio de Lombardía le dieron para gran número de batallas, refriegas y encamisadas, ora en Flandes, ora en Berbería. Y a buen seguro que no todas fueron con arreglo al buen hacer de la guerra, que los que la hemos sufrido sabemos de las muchas tropelías que puede cometer un buen hombre cuando anda herrado y está metido en faena.

Mas como nadie en su sano juicio y entendimiento deposita por mucho tiempo sus esperanzas en manos del tornadizo azar, que las más de las veces opta por abandonar tu carroña en los campos de Marte, nuestro señor padre, tras ser herido por posta de arcabuz y ver cómo

muchos de sus compadres marchaban entre horribles agonías a la barca de Caronte, decidió con buen tino que verdes las habían segado y que ya era mucha la milicia vivida, grande su contribución al acrisolado imperio de los Austrias y llegada era la hora de poner en cobro sus posaderas. Y todo esto lo decidió con el cuerpo empapado en su propia sangre, en medio de la grita y confusión de la batalla y sacramentando herejes en el paso del río que llaman Elba, durante la fiera batalla que en el año cuarenta y siete nuestro ilustre don Fernando Álvarez de Toledo, el tercero de los duques de Alba, presentó al felón Elector Federico de Sajonia en tierras de una villa por nombre Mühlberg.

Tras recibir parabienes y honores por la sangre propia y la ajena derramada, pidió don Sebastián licencia del Tercio y las cartas de creencia que, como cabo y soldado viejo, le correspondían. Y con los papeles a buen recaudo en el cañón de lata que de su tahalí colgaba, abonados los créditos de los muchos meses que la hacienda del Tercio le debía y con el producto del mucho saco de la campaña, vino a instalarse en las castellanías tierras de Valladolid, comprando una alquería de buena besana que le rendían celemines de trigo en cantidad. Y, aunque era natural de las aragonesas tierras de Barbastro, nunca quiso regresar a su cuna no fuera a ser que por un mal azar no hubieran olvidado ciertas bernardinas de juventud, oscuros lances de espada tintados en sangre y, sobre todo, su comunero pasado que a buen seguro le habría granjeado la pena de la vida, forzándole a tomar asentamiento en los Tercios para de esta guisa huir de la condena al dogal.

Si embargo, como era hombre de mucho y buen corazón, de recta probidad de caballero y caridad de cristiano viejo, que de todo ello nada perdió aun después de haber despachado a decenas de luteranos, forzado a sus mujeres y dado saco a sus haciendas -pues esos son sólo azares de la guerra- no tornó solo a España, que no quiso abandonar a la hambruna a un rapaz de apenas ocho años por nombre Miguel. Pues es costumbre al uso, aunque solivante y apitone a capitanes y generales, que las tropas en campaña sean seguidas por toda una jácara de barraganas, tahúres de ventaja, mercaderes de baratillo y buhoneros de oropeles, que descargan los picores y las bolsas de la tropa. Y Miguel era el fruto del encelamiento

que nuestro padre tuvo con una daifa napolitana que a todas partes le seguía y fue muerta por el vómito negro en la susodicha campaña de Mühlberg.

Nuestro señor padre dio a su bastardo casa, pan, oficio y apellido. Mas, como de casta le viene al galgo, el mozo heredó de don Sebastián los hígados y el fácil manejo de los hierros y de su madre el gusto por hollar los caminos. Sentíase a la sazón jayán fuerte y diestro con la toledana y era de hermosas facciones huérfanas aún de chirlos, cabellos trigueños y abundantes y mirar un tanto socarrón. Apuntaba maneras de jaque y de continuo prefería holgarse en jaranas que sudar la camisola tras la yunta.

Y así, resuelto de ánimo que era como nuestro señor padre, resolvió cuando apenas contaba con quince años -por tal no llegasteis a conocerle- que era harto laborioso y trabajo de poco lustre ganar pan y honra arrancando el fruto de la tierra y, al alborear de un día por la calenda de mayo, partió hacia nuevas tierras como si caballero entretenido fuera en busca de más lucrativos negocios alquilando sus hierros, y de esta guisa hacer fortuna como espadachín y desuellacaras.

Para entonces hacía ya cinco años que don Sebastián había matrimoniado con nuestra señora madre, doña Isabel, y yo era un rapaz de cuatro que pasaba los días trasteando en la hacienda de nuestros maternos abuelos don Pablo y doña Mencía. Y, aunque no venga a colación con el discurso de mi azarosa vida, me creo en el deber, como hermano mayor que soy de vuestra caridad, deciros que don Pablo era hijo de judíos que tuvieron que apostatar de su hebraica fe, pues su padre Eleazar Ibn Seraq, bajo amenaza de expulsión, hubo de trocar su nombre por el de Juan de Salamanca. Ya veis, hermana mía, es un secreto que debería estar tan muerto como nuestros deudos; y pido al Señor de todo corazón que el hábito que vestís y la cruz que preside y santifica esta celda os guarde para que vuestra orden siga ignorando que sois una pobre chueta.

Harto complicado es el continuo devenir de la vida y os juro que yo jamás debería haber vivido del alquiler de mis hierros, ni haber sido experimentado en celadas y ni mucho menos versado en las intrigas palaciegas. Pues ya a temprana edad sólo deseaba de corazón seguir los

pasos de nuestro abuelo y ser un buen físico; y por tal presto aprendí de buen grado de su mano las letras, las cuatro reglas y muchas bachillerías que luego me fueron de harto provecho en mi tratar con gentes de mucho viso que por la corte andaban. Mas quiso mi triste sino que mis pasos fueran dirigidos hacia otros barros, pues la mala fortuna de unas pestilencias se llevaron a don Pablo y doña Mencía en el corto tiempo de una semana. Y para mi desconsuelo hube de retornar a la hacienda de nuestro padre cuando debería haber pasado mi juventud entre los grandes maestros de Salamanca, París o Lovaina. Para entonces madre estaba encinta de vos y padre, tras la ausencia de Miguel, necesitaba de otras manos que manejaran la yunta.

Confieso sin rebozo que tampoco me desagradó en demasía que don Diego, que como buen soldado añoraba sus viejos tiempos, me adiestrara como a Miguel en todo lo concerniente al arte de la esgrima y el hurgoneo. Y de esta suerte presto y de buen grado aprendí a fintear y hacer molinetes; a dar estocadas a fondo y acuchillar con la siniestra y por lo bajo; a causar laceraciones de punta y filo; a parar estocadas con la espada y tajar con la misericordia; a usar de la ballesta y el pistolete y otras martingalas usadas por las gentes de los Tercios, que tan buena maña se dan sacramentando enemigos. Y a pesar de que el abuelo Pablo siempre me dijo que el saber bien utilizado abría las puertas de los poderosos y ganaba más cielos que la verdadera fe, la vida me enseñó que una buena estocada en su momento te prolonga la existencia y llena de escudos la bolsa, y que conseguir la privanza de nobles, ministros y secretarios cuando se hallaran cerca y traicionarlos cuando fueran ausentes es peligroso, mas también es más provechoso que una canonjía.